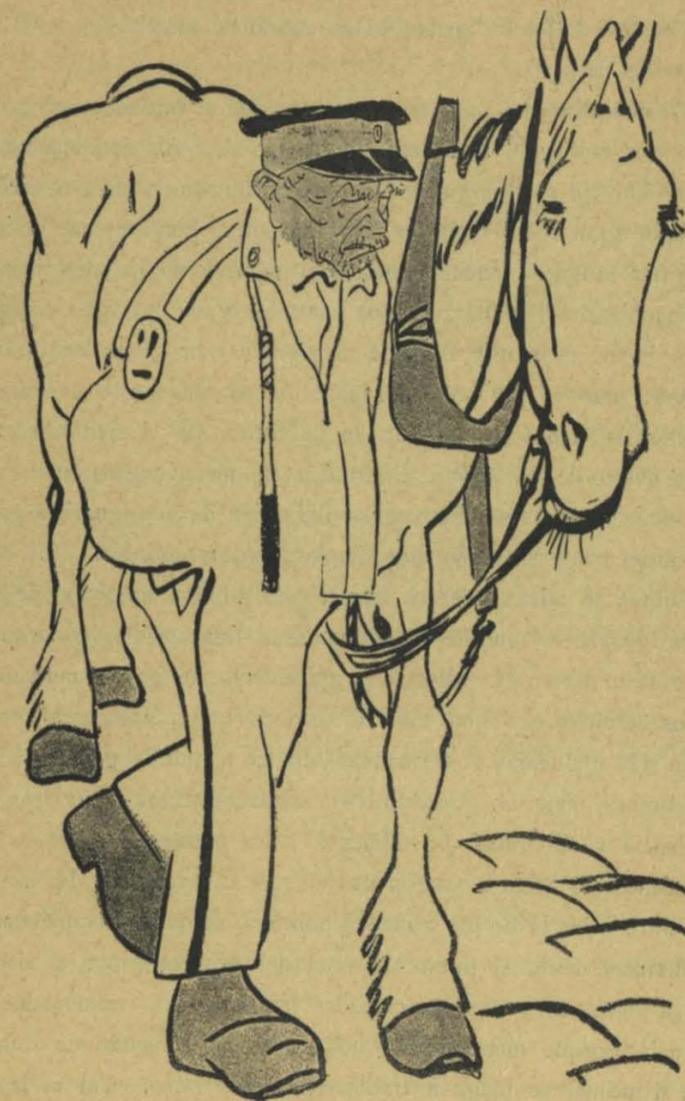


nacer un espíritu de solidaridad. Á medida que la perspectiva de los siglos se prolonga hacia el pasado, nos rodean mayor número de modelos que estudiar, y entre ellos hay muchos que pueden despertar en nosotros la ambición de asemejarnos á ellos por tal ó cual nota de su ideal. Desplazándose y modificándose de la manera más diversa según los pueblos, la humanidad había perdido una parte notable de las adquisiciones hechas anteriormente, y ahora podemos preguntarnos si es ó no posible recuperar todo el bagaje abandonado en las etapas de nuestra larga odisea á través de los siglos.

Dueños ya del espacio y del tiempo, los hombres ven, pues, abrirse ante sí un campo indefinido de adquisiciones y de progreso, pero, embarazados todavía por las condiciones ilógicas y contradictorias de su medio, no están en condiciones de proceder con ciencia á la obra armónica de la mejora para todos. Y se comprende: toda iniciativa procedente de individuos y de minorías poco considerables, esos grupos aislados ó esos débiles grupos corren muy apresuradamente, van derechos contra el mal que tienen enfrente, y si los esfuerzos tienen la ventaja de producirse así sobre todos los puntos á la vez, están por ello mismo desprovistos de toda estrategia. Pero teóricamente, colocándose por el pensamiento fuera del caos de los intereses en lucha, es fácil ver en seguida que la verdadera, la mayor conquista, aquella de la cual todas las demás son una derivación lógica, es la obtención del pan para todos los hombres, para todos los que se llaman «hermanos», aunque siéndolo tan poco. Cuando todos tengan qué comer, todos se sentirán iguales. Tal es precisamente el ideal que había sabido ya realizar alguna pequeña tribu alejada de nuestros grandes caminos de civilización, y este es el ideal de solidaridad que hemos de resolver cuanto antes si todas nuestras esperanzas de progreso no son la más cruel de las ironías. Montaigne relata lo que pensaban á este respecto los naturales del Brasil que fueron conducidos á Ruán en 1557, en tiempo del rey Carlos IX. Uno de los hechos extraños que más les llamaron la atención fué «que hubiera entre nosotros hombres sobrados de toda suerte de comodidades y que otros compatriotas, hambrientos y andrajosos, mendigaran á sus puertas, y les parecía extraño que esos compatriotas necesitados pudieran sufrir

semejante injusticia, y no detuvieran á los otros ó les quemaran sus casas». Por su parte Montaigne siente lástima por esos sal-



Dibujo de A. Roubille.

Cl. de l'Assiette au Beurre.

Á ti te espera el muladar.
Á mí me espera la Morgue.

vajes Brasileños, «que se han dejado engañar por el deseo de las novedades, y han abandonado la dulzura de su cielo para venir á

ver el nuestro». «De ese comercio nacerá su ruina»¹. Y, en efecto, aquellos Tupinambos del litoral americano no han dejado descendientes: todas las tribus han sido exterminadas, y si queda un poco de la sangre de los indígenas, es en estado de mezcla con la de los proletarios despreciados.

La conquista del pan, tal como la exige el verdadero progreso, ha de ser realmente una conquista². No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan por derecho humano y no por caridad de algún gran señor ó de un rico convento. Por centenas de mil, quizá por millones, puede contarse el número de los desgraciados que mendigan á la puerta de los cuarteles y de las iglesias: gracias á bonos de pan y de sopa distribuidos por gentes caritativas, vegetan; pero es probable que la acción de todos esos necesitados no tenga la menor importancia en la historia de la civilización: el hecho mismo de haber sido alimentados sin que afirmasen su derecho á la vida, y quizá también con la obligación de atestiguar su gratitud, prueba que se tenían por simples detritus sociales. Los hombres libres se miran frente á frente, y la primera condición de esta franca igualdad es que los individuos sean francamente independientes, cada uno respecto del otro y ganen su pan por la mutualidad de los servicios. Se ha dado el caso de que poblaciones enteras hayan sido reducidas al anonadamiento moral por la gratitud de la existencia material. Cuando los ciudadanos romanos tuvieron con suficiencia y sin trabajo el alimento y los placeres asegurados por los dueños del Estado, cesaron de defender el Imperio. Muchas clases, entre otras la de los «buenos pobres», se hallan completamente inutilizadas, desde el punto de vista del progreso, por el sistema de las limosnas, y algunas ciudades han caído en irremediable decadencia porque una multitud holgazana, no habiendo de trabajar para sí misma, se niega á trabajar para los otros. Tal es la verdadera razón por que tantas ciudades y hasta naciones son «muertas». La caridad trae consigo la maldición para sus protegidos. Júzguese por las fiestas aristocráticas en que pequeños herederos de grandes fortunas, lujosamente vestidos, con nobles ademanes,

¹ *Essais*, lib. I, cap. XXX, ps. 321, 322, edit. Louandre.

² Pedro Kropotkine, *La Conquista del Pan*.

graciosas sonrisas y bajo cariñosas miradas de sus madres ó de sus ayas, distribuyen regalos y aguinaldos á los pobres callejeros, limpios y mudados convenientemente para el caso. ¿Hay espectáculo más triste que el que ofrecen esos desgraciados niños deslumbrados por el brillo del oro en toda su munificencia?

¡Atrás, pues, esa fea caridad cristiana! La causa del progreso se halla entregada á los conquistadores del pan, es decir, á los hombres trabajadores, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo. Á ellos corresponde introducir el método científico en la aplicación á los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares y realizar el pensamiento de Condorcet: «La Naturaleza no ha puesto ningún término á nuestras esperanzas», porque, como ha dicho otro historiador sociólogo: «Cuanto más se pide á la naturaleza humana, más da; sus facultades se exaltan con el trabajo, y no se perciben límites á su poder»¹. En cuanto el hombre está firmemente seguro de los principios según los cuales dirige sus actos, la vida se le hace fácil: conociendo plenamente lo que le es debido, reconoce por esto mismo lo que se debe á su prójimo, y como consecuencia rechaza las funciones usurpadas por el legislador, el gendarme y el verdugo; gracias á su propia moral, suprime el derecho (Emile Acollas). El progreso consciente no es un funcionamiento normal de la sociedad, un acto de crecimiento análogo al de la planta ó del animal; no se abre como una flor². Se comprende como un acto colectivo de la voluntad social, que llega á la conciencia de los intereses solidarios de la humanidad y los satisface cumplida y metódicamente, consolidándose tanto más á medida que esta voluntad se rodea de nuevas adquisiciones. Ciertas ideas, una vez admitidas por todos, se hacen indiscutibles.

En su esencia, el progreso humano consiste en encontrar el conjunto de los intereses y de las voluntades común á todos los pueblos; se confunde con la solidaridad. Ante todo debe tender á la economía, muy diferente en esto á la naturaleza primitiva, que prodiga las semillas de la vida con tan admirable abundancia. Actualmente la sociedad se halla todavía muy lejos de haber alcan-

¹ H. Taine, *Philosophie de l'Art dans les Pays-Bas*.

² Herbert Spencer, *Social Statics*, p. 80.

zado ese buen empleo de las fuerzas, sobre todo de las fuerzas humanas. Verdad es que la muerte violenta no es ya la regla como en otro tiempo; sin embargo, la inmensa mayoría de las defunciones llegan antes del plazo normal. Las enfermedades, los accidentes, averías y mermas de toda clase, complicadas lo más frecuentemente con tratamientos médicos aplicados en falso ó por casualidad, agravados principalmente con la miseria, la falta de cuidados indispensables, la carencia de esperanza y de alegría, determinan la decrepitud mucho antes de la edad normal de la vejez. Un fisiólogo eminente¹ ha escrito un hermoso libro cuya tesis principal es que precisamente los viejos mueren casi todos antes de tiempo, en pleno horror á la muerte, que debería, sin embargo, presentarse como el sueño, si viniera en el momento en que el hombre, dichoso por haber realizado una bella carrera de actividad y de amor, sintiera la necesidad de reposo.

Esa falta de economía en el empleo de fuerzas se manifiesta sobre todo en los grandes cambios, revoluciones violentas ó aplicaciones de nuevos procedimientos. Se desechan como inservibles los viejos aparatos, los hombres habituados al trabajo antiguo. No obstante, el ideal es saber utilizarlo todo, emplear los desperdicios, los residuos, las escorias, porque todo es útil en manos del que sabe obrar. El hecho general es que toda modificación, por importante que sea, se verifica por la agregación al progreso de retrocesos correspondientes. Un nuevo organismo se establece á expensas del antiguo. Hasta cuando las vicisitudes del conflicto no han estado seguidas de destrucciones y de ruinas propiamente dichas, no por eso dejan de ser causa de pérdidas locales; la prosperidad de los unos causa la desgracia de los otros, justificando así la antigua alegoría que representa la Fortuna como una rueda que levanta á unos y atropella á otros. Un mismo hecho puede ser citado de diverso modo, del lado derecho como un gran progreso moral, del lado izquierdo como un indicio de descomposición. De tal gran acontecimiento capital, la abolición de la esclavitud, por ejemplo, pueden sobrevenir, á consecuencia de mil golpes y recha-

¹ Elie Metchnikoff.

zos de la vida, mil resultados desastrosos que contrasten con la totalidad de los favorables y afortunados. El esclavo, y lo mismo puede decirse en general, el hombre cuya vida ha sido regulada desde su infancia y que no ha aprendido á establecer claramente la comparación entre dos estados sucesivos muy distintos de su medio, se acostumbra fácilmente á la rutina inmutable de la existencia, por vulgar que sea: puede vivir sin quejarse, como la piedra ó como la planta que inverna bajo la nieve. Por efecto de ese hábito en que el pensamiento se ha dormido, suele suceder que el hombre libertado repentinamente de alguna servidumbre no sabe acomodarse á la situación nueva: no habiendo aprendido á servirse de su voluntad, mira como el buey al



MALAYO RECOGIENDO VINO DE PALMERA
(Véase página 541)

aguijón que le impulsaba al trabajo; espera el pan que antes se le arrojaba y que se había acostumbrado á recoger en el fango. Las cualidades de la esclavitud: obediencia, resignación — si es que se les pueda llamar cualidades —, no son las mismas que las del hombre libre: iniciativa, valor indomable, perseverancia; el que conserva aunque vagamente las primeras y llega hasta echar de menos la antigua vida regulada por el palo ó el látigo, no será jamás un héroe digno de su destino.

Además, el hombre que se ha acomodado á las condiciones de una vida nueva, perfectamente independiente y siendo actor él mismo con plena responsabilidad de su conducta, este hombre corre el riesgo de sufrir más de lo posible cuando se encuentra influido por

alguna supervivencia de la antigua esclavitud, el estado militar, por ejemplo. Entonces la existencia se le hace insoportable y el suicidio le parece un refugio. De ese modo, en nuestra incoherente sociedad, donde luchan dos principios opuestos, se puede desear la muerte, tanto por ser demasiado penosa la conquista de la vida, como porque la libertad tenga tantas alegrías que no sea posible entregarse á ellas. ¿No es contradictorio que, por reacción á una mayor intensidad de vida, se produzca un aumento prodigioso en los accesos de desesperación? El número de los suicidios no cesa de aumentar en los tiempos actuales en la sociedad contemporánea y en todos los países que se llaman civilizados. Antes ese género de muerte era muy raro en todas partes y completamente desconocido en ciertos pueblos, entre los Griegos, por ejemplo, donde, no obstante, la pobreza, la sobriedad y el rudo trabajo era la regla general. Pero el gran torbellino de que son focos motores las grandes ciudades, ha producido un movimiento correspondiente de pasiones, de sentimientos, de impresiones diversas, de ambiciones y de locuras en nuestras «Babilonias» modernas: la vida más activa, más apasionada, de rechazo se ha complicado con crisis frecuentes y á veces el término llega bruscamente por la muerte voluntaria.

He ahí el lado dolorosísimo de nuestra tan elevada semicivilización, puesto que no aprovecha para todos. Aunque la existencia media de los hombres fuese en nuestros días, no sólo más activa, más viva, sino hasta más dichosa que lo que era en otro tiempo, cuando la humanidad, dividida en innumerables tribus, no había adquirido aún conciencia de sí misma en su conjunto, no es menos cierto que la desviación moral entre el género de vida de los privilegiados y el de los parias se ha hecho mayor. El desgraciado lo es más hoy; á su miseria se agregan la envidia y el odio, agravando los sufrimientos físicos y las abstinencias forzadas. En un clan de primitivos, el famélico, el enfermo, sólo soportan su pena material; en nuestros pueblos cultos, tienen además que sostener el peso de la humillación y hasta de la execración pública; se hallan en condiciones de albergue y de vestido que les hacen repugnantes á la vista. ¿No hay en cada gran ciudad barrios que esquivan cuidadosamente los viajeros, para evitar los olores nauseabundos que

exhalan? Aparte de los Esquimales en su *igloo* de invierno, ninguna tribu salvaje habita semejantes tugurios: Glasgow, Dundee, Ruán, Lille y tantas otras ciudades industriales tienen cuevas de paredes viscosas, donde seres de apariencia humana se arrastran penosamente por cierto tiempo en un estado semejante á la vida. Los Hindus bárbaros, que viven en los bosques del centro de la Península, vestidos de algunos harapos de color, ofrecen un espectáculo relativamente alegre en comparación de muchos míseros proletarios de la lujosa Europa, sombríos, tristes, lúgubres con sus rotas y sucias vestiduras. Lo que más admira al espectador que no teme asistir á la salida de los talleres y hace abstracción del aspecto de miseria, es la falta absoluta de personalidad. Todos aquellos seres que corren hacia una comida insuficiente, tienen el mismo rostro ajado desde la juventud, la misma mirada vaga, adormecida; tan imposible es individualizarlos claramente como á los carneros de un rebaño; no son hombres, sino brazos, «manos», como les llama justamente la lengua inglesa.

Ese contraste horrible, el azote más grave de la sociedad contemporánea, es de aquellos que el método científico, en la repartición de los bienes de la tierra, corregiría rápidamente, puesto que los recursos necesarios á todos los hombres, no nos cansaremos de repetirlo, están en sobreabundancia. Admirablemente servida por sus progresos en el conocimiento del espacio, del tiempo, de la naturaleza íntima de las cosas y del hombre mismo, ¿está la humanidad en el día lo suficientemente avanzada para abordar el problema capital de su existencia, la realización de su ideal colectivo, no solamente en las «clases directoras», una casta ó un conjunto de castas, sino en todos aquellos á quienes la religión calificaba de «hermanos creados á imagen de Dios»? Indudablemente sí; la cuestión material del pan dejará de ser tal cuestión el día en que los hambrientos se concierten para reclamar lo que les es debido.

Así también se resolverá la de la instrucción, puesto que está admitida en principio, y la ambición de saber es general, aunque sólo sea en la forma de curiosidad. Pero un progreso jamás viene solo; se completa, repercute en otros progresos en el conjunto de la evolución social. En cuanto el sentido de la justicia sea satis-

fecho por la participación de todos en el haber material é intelectual de la humanidad, resultará para cada hombre un alivio singular de la conciencia, porque el estado de desigualdad cruel que colma á los unos de riquezas superfluas y priva á los otros hasta de la esperanza, pesa como un remordimiento, consciente ó inconsciente, sobre los seres humanos, sobre los dichosos principalmente, y mezcla siempre un veneno á sus alegrías. El mayor elemento de pacificación sería que nadie se ocupara de perjudicar al prójimo, porque está en nuestra naturaleza odiar á los que hemos perjudicado y amar á aquellos cuya presencia recuerda nuestro propio mérito. Las consecuencias morales de este acto tan sencillo de justicia, garantizar á todos el pan y la instrucción, serían incalculables.

Si, conforme á la dirección actual de la evolución histórica, se llega pronto á que la humanidad satisfaga estos dos objetivos, no dejar á nadie morir de hambre ni permitir que nadie se estanque en la ignorancia, entonces se presentará otro ideal como un faro de plena luz, ideal para el cual ya trabaja un número siempre creciente de individuos: la alta ambición de reconquistar todas las energías que se extravían, de impedir la pérdida de las fuerzas y de los materiales en el presente, y también de reconquistar en el pasado lo que nuestros antepasados habían dejado perder. Se trata, desde el punto de vista general de las civilizaciones, de imitar lo que hacen los ingenieros actuales, que hallan tesoros en las tierras extraídas de las minas consideradas como agotadas por los antiguos mineros de Atenas. Si es verdad que en algún concepto los primitivos ó los antiguos hayan superado al hombre medio de nuestros días en fuerza, en agilidad, en salud corporal, en belleza del rostro, es preciso llegar á ser sus iguales. Sin duda, nuestra reconquista no llegará hasta recobrar el uso de los órganos atrofiados cuyo antiguo destino han descubierto algunos biólogos (Elie Metchnikoff), pero conviene saber la manera de conservar en su plenitud las energías de que aun disponemos, y retener el empleo de los músculos que, aun funcionando, se hayan debilitado y corran peligro de perder su valor en nuestro organismo. ¿Es posible impedir ese empequeñecimiento material del hombre, desequilibrado por un aumento de su aparato de pensar? Se le ha predicho que se transformaría

poco á poco en un enorme cerebro, rodeado de vendas que le preservarían de los constipados, y que el resto de su cuerpo se atrofiaría; ¿no puede hacerse algo contra esa tendencia? Los zoólogos nos dicen que el hombre fué en otro tiempo un animal trepador como el mono. ¿Por qué, pues, el moderno ha dejado perder esa destreza para escalar que poseen todavía de una manera tan notable ciertos primitivos, especialmente los que recogen los dátiles en la copa de las palmeras? El niño, cuya madre admira la sorprendente fuerza de prehensión manual, suficiente para suspender su cuerpo durante algunos minutos¹, pierde gradualmente ese vigor primero porque se le evita cuidadosamente la ocasión de ejercerle: basta el peligro de estropear y desgarrar los vestidos para que en nuestra sociedad, forzosamente económica, prohíban los padres á sus progenituras la ascensión á los árboles: el temor del peligro es secundario en esta prohibición.

Tales temores dan por resultado que la mayoría de los hijos «civilizados» permanecen muy inferiores á los hijos de los salvajes en los juegos de fuerza y de agilidad. Además, no teniendo apenas ocasión de ejercitar sus sentidos en la libre Naturaleza, no tienen tampoco la misma claridad de visión ni finura de oído: como animales de bellas formas y de sentidos delicados, tales como los deseara Herbert Spencer, son en su mayor parte incontestablemente degenerados. No merecen las palabras de admiración que dedicaron los viajeros europeos á los jóvenes de Tenimber al verlos tirar el arco ó lanzar la azagaya². Hasta entre los jugadores de pelota, de golf y de balonpié, que constituyen lo selecto de los civilizados respecto de belleza corporal, los espectadores hallarían difícilmente ocasión de extasiarse ante el perfecto equilibrio de las formas en todos los campeones. Es cierto que gran número de tribus negras y pieles rojas, malayas y polinesias son superiores por la pureza de las líneas, la nobleza de las actitudes, la elegancia de la marcha, no sobre tal ó cual tipo excepcional entre los Europeos, sino de los grupos tomados al azar, representando el tipo medio de las naciones de Europa. Ha habido, pues, respecto ese punto de vista, regresión general por el hecho de nuestro encierro casi continuo en las casas y de nuestro

¹ Drummond, *Ascent of Man*, ps. 101, 103.

² Anna Forbes, Insulinda, *Experience of a Naturalist's Wife in the Eastern Archipelago*.

traje absurdo que impide la transpiración cutánea, la acción del aire y de la luz sobre la piel, el libre desarrollo de los músculos, frecuentemente molestos, martirizados y hasta estropeados por el calzado y el corsé. Sin embargo, numerosos ejemplos prueban que esta regresión no es definitiva y sin apelación, porque aquellos de nuestros jóvenes educados en buenas condiciones de higiene y de ejercicios físicos se desarrollan en forma y en fuerza como los más bellos salvajes, teniendo sobre ellos la ventaja de la superioridad que les dan la conciencia de sí mismos y el prestigio de la inteligencia. Gracias á las adquisiciones del pasado, que el moderno adquiere rápida y metódicamente por la instrucción, logra vivir más que el salvaje, puesto que sabe condensar en su vida mil existencias anteriores y reunir las supervivencias para hacer de ellas un todo lógico y bello con las prácticas corrientes y las innovaciones de «previvencia». Júzguese del conjunto de fuerzas que el moderno puede reunir por los sabios escaladores actuales de los Alpes, del Cáucaso, de las Rocosas, de los Andes, del Tian-chan y del Himalaya. Es seguro que ningún Jacques Balmat hubiera subido al Mont-Blanc si no hubiera existido un Saussure para impulsarle á esta obra, y ahora ¿no son los Whimper, los Freshfield, los Conway los iguales en fuerza, en resistencia, en conocimiento y en práctica de la montaña, los iguales, quizá los superiores, de los guías montañeses más seguros ejercitados en todas las virtudes físicas y morales que requieren las ascensiones peligrosas? El hombre de ciencia se hace seguir ahora del montañés á la cima del Kilimandjaro ó del Aconcagua; él es quien conduce los Esquimales á la conquista del Polo. De ese modo el ideal que el hombre moderno ha concebido de conquistar cualidades nuevas sin perder ó hasta recuperando las que poseían los antepasados, puede realizarse perfectamente; no es una quimera.

Pero esta fuerza de comprensión, esta mayor capacidad del hombre moderno, que le permite reconquistar el pasado del salvaje en su medio natural antiguo, y asociarle, fundirle armónicamente con sus ideas más refinadas, todo ese aumento de fuerza sólo puede terminar por una conquista definitiva, normal, á condición para el hombre nuevo de comprender todos los demás hombres, sus hermanos, en un mismo sentimiento de unidad con el conjunto de las cosas.

He aquí, pues, la cuestión social que se plantea de nuevo y en toda su amplitud. Es imposible amar plenamente al salvaje primitivo, en su medio natural de árboles y de arroyos, si no se ama al mismo tiempo á los hombres de la sociedad, más ó menos artificial, del mundo contemporáneo. ¡Cómo admirar, cómo amar la pequeña y encantadora individualidad de la flor, cómo sentirse hermano con



Cl. de la Appalachia.

LA WALHALLA DE BIAFO

Agujas de unos 7.000 metros de altura.

Esta parte del Karakorum, Kachmira septentrional, fué visitada, en 1899, por el señor y la señora Workman, acompañados de Zurbringen.

el animal, cómo dirigirse á él á la manera que lo hacía Francisco de Asís, cuando no se ve en los hombres compañeros queridos, á menos que no se huya de ellos, á fuerza de amor, para evitar las heridas morales que vienen del rencoroso, del hipócrita ó del indiferente! La plena unión del civilizado con el salvaje y con la Naturaleza, no puede hacerse sino por la destrucción de las fronteras entre las castas, lo mismo que por la de las fronteras entre los pueblos.

Preciso es que, sin obedecer á antiguos convencionalismos y costumbres, el individuo pueda dirigirse á cualquiera de sus iguales con plena fraternidad y hablar libremente con él «de todo lo que es humano», como decía Terencio. La vida, vuelta á su primera sencillez, da por esto mismo plena y cordial libertad de comercio con los hombres.

¿Ha hecho la humanidad reales progresos en esta vía? Absurdo sería negarlo. Lo que se llama la «marea democrática» no es otra cosa que ese sentimiento creciente de igualdad entre los representantes de castas diferentes, antes enemigas. Bajo las mil apariencias cambiantes de la superficie, el trabajo se verifica en las profundidades de las naciones, gracias al conocimiento creciente que adquiere el hombre de sí mismo y de los otros: así llega á encontrar cada vez más el fondo común por el cual nos semejamos unos á otros, á desprenderse de la confusión de las opiniones superficiales que nos tenían separados; marchamos, pues, hacia la conciliación futura, hacia una forma de felicidad mucho más extensa que aquella con que se contentaban nuestros abuelos los animales y los primitivos. Nuestro mundo material y moral ha llegado á ser más vasto, y al mismo tiempo más amplia nuestra concepción de la felicidad, que en lo sucesivo no será tenida por tal sino á condición de que todos participen de ella, de ser consciente, razonada y de comprender en sí las investigaciones apasionadas de la ciencia y de las alegrías de la belleza antigua.

Todo eso nos aleja singularmente de la teoría del «Superhombre», tal como la comprenden los aristócratas del pensamiento. Los reyes, los poderosos, suelen imaginarse que hay dos morales, la suya, que es la del capricho, y la obediencia, que conviene al pueblo. Del mismo modo, los jóvenes presuntuosos, adoradores de la fuerza intelectual que creen poseer, se instalan cómodamente sobre alguna alta estancia de su torre de marfil donde no penetran los humildes mortales. Poco numerosos son los elegidos con quienes se dignan confabularse; quizá hasta se creen solitarios. El genio les pesa; llevan bajo su frente, que surcan fatales arrugas, todo un mundo borrascoso, y ni siquiera ven, bajo el vuelo de su pensamiento, la masa bullidora y amorfa de la multitud desconocida. Cierto es que para el hombre no hay límites que no pueda franquear su ambición de estudiar y de aprender; sí, debe procurar la realización de su propio

ideal; ha de tender á distanciarse, á subir siempre, — hasta moribundo creo en mi progreso personal; decae, tú que te sientes decaer; — pero no á romper por ello el lazo que le une á los seres que le rodean, porque no puede escapar á la estrecha solidaridad que le hace vivir de la vida de sus semejantes. Muy al contrario, cada uno de sus progresos personales es un progreso para los que le rodean: parte sus conocimientos como parte su pan, no dejará pobres ni inválidos detrás de sí. Tuvo educadores, porque no nació sin padres como el Dios de la fábula; á su vez será el educador de los que vendrán detrás de él.

El método bárbaro de los Espartanos place á los impotentes que no saben curar ni enseñar: ahogan al que parece débil, y lanzan al mal conformado á un abismo rompiéndole los huesos. Tal es la práctica sumaria de los impotentes y de los ignaros. ¿Qué médico, qué mujer artista, qué árbitro infalible nos dirá quiénes se pueden conservar y qué recién nacido es el que no puede inspirar confianza? Con frecuencia ha fallado la ciencia de esos jueces: ha habido cuerpos declarados ineptos para la vida que se han adaptado admirablemente; tal inteligencia que habiase asimilado á la del cretino se ha desarrollado en fuerza genial y creadora; viejos, rutinarios, misoneístas, se habían engañado de todo en todo, y al fin por revolución contra ellos el mundo se ha engrandecido y renovado. Lo más seguro es acoger todos los hombres como iguales en virtualidad y en dignidad, ayudar á los débiles sosteniéndoles con su fuerza, á los enfermos dándoles la salud, á los inteligentes elevando su mente hacia los grandes pensamientos, con la preocupación constante de lo mejor para los otros y para sí mismo, porque constituimos un todo, y, de progreso en progreso, como de retroceso en retroceso, la evolución se produce en todo el mundo.

La felicidad, tal como la comprendemos, no es, pues, un simple goce personal. Cierto que es individual el sentido de que «cada uno es el propio artífice de su felicidad», pero sólo es verdad profunda y completa en cuanto se extiende á la humanidad entera, no porque sea posible evitar las penas, los accidentes, las enfermedades y la muerte misma, sino porque el hombre, asociándose al hombre para una obra cuyo alcance comprende y siguiendo un método cuyos efectos conoce, puede tener la certidumbre de orientar hacia lo mejor todo ese gran cuerpo humano del cual su propia célula indi-

vidual no es más que un infinitamente pequeño, una milmillonésima de milmillonésima, si se cuentan las generaciones sucesivas y no solamente el número actual de los habitantes de la Tierra enumerados por la estadística. No es tal ó cual momento de la existencia personal y colectiva lo que constituye la felicidad, sino la conciencia de marchar hacia un objeto determinado, que se quiere y que se crea por su voluntad. Coordinar los continentes, los mares y la atmósfera que nos rodea, «cultivar nuestro huerto» terrestre, distribuir de nuevo y regular los ambientes para favorecer cada vida individual de planta, de animal ó de hombre, adquirir definitivamente conciencia de nuestra humanidad solidaria, formando cuerpo con el planeta mismo, abarcar con nuestra mirada nuestros orígenes, nuestro presente, nuestro objeto próximo y nuestro ideal lejano, he ahí en qué consiste el progreso.

Con toda confianza podemos, pues, responder á la pregunta que surge en cada hombre en el secreto de su corazón: sí, hemos progresado desde el día en que nuestros antepasados salieron de las cavernas maternas, durante los cuantos miles de años que constituye el corto período consciente de nuestra vida.



POSTFACIO

EL autor de EL HOMBRE Y LA TIERRA murió el 5 de Julio de 1905. El manuscrito, compuesto sin apresuración ni reposo en el curso de los diez años precedentes, quedó completamente terminado en la primavera de 1904. Elíseo Reclus había tenido tiempo de hacer en él muchas adiciones, y la satisfacción de discutir con Francisco Kupka las ilustraciones que éste preparaba y se había dado cuenta del trabajo que podrían proseguir las personas que le rodeaban. Á medida que iban apareciendo los cuadernos — el primero data del 15 de Abril de 1905 —, había podido introducir algunas modificaciones en el texto primitivo: ligeras diferencias entre la primera y la segunda edición, en las 300 primeras páginas del tomo I, son debidas á la mano del autor.

Elíseo Reclus, menos que cualquier otro, no ignoraba los defectos de la obra en que debía afirmar la unidad de sus miras de sabio y de anarquista, desarrollar su libro *Evolución y Revolución*, al mismo tiempo que trazar el último capítulo de la *Nueva Geografía Universal*. Tal era su confianza en sus colaboradores, que les rogó no se atuviesen á la letra de su manuscrito, hasta pedirles que refundieran completamente algunos capítulos de que no estaba satisfecho. En esto no fué respetada su voluntad, el texto publicado es el del manuscrito completamente escrito de su mano, pero se han tenido en cuenta todo lo posible las observaciones marginales que en él había hecho, y, ante un texto de primera intención, cuyas diferentes partes no se ligaban siempre entre sí, forzoso ha sido no perder de vista el respeto debido al lector lo mismo que al escritor.

Elíseo Reclus había formado una lista de setecientos á ochocientos mapas, confiados á los excelentes cuidados de su amigo